



EXPERIENCIAS VIDA - MUERTE

Dr. Jorge Silva García

Para Fromm (1983 p. 112 s), no hay duda alguna de que el objetivo de la vida es vivir, al contrario de Freud (1934 p. 4) quien considera a la muerte como la finalidad de la vida. Aquí se marca un parteaguas, dos caminos diferentes de vivencia de vida y de muerte. Para Fromm, lo importante es vivir la vida, amarla y amar a todo lo vivo, experimentar, en la intimidad propia, la grandeza del macro y del microcosmos, grandeza que nos sacude al tiempo que nos sobrecoge. Y se habla de vivencias, de experimentar, porque no se limita ese aprehender a la esfera cognoscitiva, a un conocer sólo cerebral, intelectual.

Si lo importante es la vida, debemos vivirla en el aquí y en el ahora, en el presente fugaz que ya es pasado, pero que por un instante precioso, invaluable es presente; vivir, como dice el proverbio persa que señala Nikos Kazantzakis en su *Cartas al Greco*, con los ojos del elefante: “Ver todo como si fuera por primera vez; ver todo como si fuese por última vez”. Sabiendo que somos mortales, debe ser importante cada momento de nuestro existir. Ello no implica descartar el pasado que es el cúmulo de nuestros conocimientos y experiencias adquiridas y por lo tanto fuente de nuestra orientación al cambio, a la maduración, a nuevas actitudes y perspectivas, a la meditación que nos abre nuevos horizontes, pero el pasado no debe ser cargado como fardo inútil que nos ata. Bien dice el proverbio Hassidim (Buber: 1950): “Si has cometido un error y lo vas a volver a repetir, te sientes culpable; pero si has cometido un error y no lo volverás a repetir, te sientes bien”.

De modo alguno se propone la represión del pasado cubriéndolo con un velo, porque aquello que de él es significativo debe surgir a la evocación cuando es necesario o pertinente.

Tampoco debemos vivir en el futuro, lo cual no significa no planear, ni vislumbrar el probable acontecer del mañana, está claro que hay un lugar para anhelos, deseos o expectativas, a condición de estar consciente de que tal vez no llegue ese futuro, aunque haya fe de que ocurra.

Si decimos que el objetivo de la vida es vivirla, deberíamos aceptar a la muerte como un complemento normal. En algún momento todos hemos pensado en la vida como un suceder eterno sin límite alguno, sin reflexionar lo que ello implica. La eternidad como precisa Aristóteles en su *Ética a Nicómaco* es el *no cambio*: todo sería siempre igual, no habría ni día ni noche, ni estaciones... La vida es un proceso



dinámico, de cambios constantes donde puede acontecer lo accidental y lo inesperado y es precisamente nuestra finitud en esa corriente que nunca es la misma la que nos obliga a darle un sentido, a tomar en cuenta sus límites. Es consecuente que concebimos la muerte como la vasija que contiene la vida y le da una forma, un sentido, una orientación. Y no se habla de un vivir para morir o de un vivir muriendo; vida y muerte son como el Yang y el Yin del diagrama chino simbólico del Tao que confirman una unidad inseparable, una implica la otra: no hay muerte sin vida ni vida sin muerte. Lo importante es esforzarnos por aprender a vivir en el aquí y en el ahora y en percatarnos de las experiencias dadas por la creación... Ser todo lo que potencialmente podemos *ser* para intensificar nuestras vivencias; pero el sistema económico actual nos obliga a tener y a poseer, lo que no impide darle su plena significación a *ser* más que a *tener*, a *vivir* más que *poseer* (Fromm: 1976); *ser* todo lo que potencialmente podemos tanto en nuestra vida íntima, privada, como en la esfera de nuestras actividades que nos permiten ganarnos la vida.

Cuando el objetivo de la vida es vivir, es un disfrutar la aventura de descubrimiento que representa, es ampliar horizontes y no reducirlos. Como dice Gibran Jalil Gibran en *El profeta*: es reír todas nuestras risas, llorar todas nuestras lágrimas y amar todos nuestros amores. Precisamente porque hay que llorar debemos aprender humildad, esa serena aceptación de nuestra impotencia ante tantos acontecimientos adversos posibles.

Aparte de la humildad la vida requiere fe, pero una fe racional (Fromm: 1968 pp 13-15) basada en nuestros conocimientos que nos muestran lo que es probable a la luz del pasado y del presente. Esta fe racional nos enseña que si bien somos impotentes ante muchos acontecimientos externos, no lo somos en cuanto aquello que depende de nuestro propio ser. Somos potentes en cuanto a nuestras capacidades y competencias; somos impotentes ante todo lo que no es inherente al propio esfuerzo. El ejemplo más sencillo de lo anterior es: “Ama a tu prójimo como a ti mismo”, porque el aprendizaje del arte de amar y el esfuerzo a ese fin dependen del propio ser. Que el otro nos ame, siempre es contingente.

La frase arriba citada ha perdido su valor como vivencia individual significativa y se le considera propia de un púlpito y no de una reunión académica. Independientemente de que sea un mandamiento del Decálogo, su vigencia es universal por su rico contenido humano; quienes la concibieron, se percataron de que la fuerza espiritual, la potencia del ser radica en sí mismo y en tanto espera que provenga de una fuente exterior, queda vulnerable e impotente. Ben Hilel lo precisa y aclara en el siguiente aforisma:

¿Si no eres para ti, quién?



¿Si sólo eres para ti, de qué te sirve?

¿Si no ahora, cuándo?

La humildad y la fe racional son fortificadas por la esperanza, que no debe ser ese esperar pasivo a que algo llegue como graciosa dádiva; la esperanza es un aguardar alerta a logros propios y ajenos, pero basados en la reflexión, en la experiencia o en la intuición constatada. La esperanza apoya a la valentía moral para enfrentar lo que la vida genera: el miedo, el dolor, la enfermedad, la vejez y la muerte.

Todas estas cualidades de vida descritas o bien se absorben del ámbito social y familiar o se aprenden con un esfuerzo personal racional, disciplinado, que a su vez enseña paciencia, porque no hay prisa alguna pese a que nuestros días estén contados.

¿Cuáles son nuestras primeras experiencias de muerte? Lo frecuente en los niños es la muerte de una mascota y dolor y llanto son inmediatos; pero los niños se mueven por estímulos primarios y se pasa de un estímulo a otro con facilidad. El recuerdo de esa muerte varía mucho de un niño a otro y hay toda una gama de variables: una nueva mascota; cómo afectó a los adultos esa muerte... ¿Y si el niño mata a la mascota? Puede haber indiferencia, azoro, risa, llanto... los niños desconocen su fuerza y sólo aprenden a cuidar de la vida si se les enseña...

La clínica señala que lo más doloroso para los niños es la muerte prematura de su madre y/o la ausencia de amor maternal, a tal grado que si recibieran amor de una nodriza, su ausencia resulta muy dolorosa. Pero la vida busca vivir y los niños viven dentro de los parámetros que en su grupo social se consideran normales. Sólo nos damos cuenta de su sufrimiento por su psicopatología expresada en trastornos de su conducta, desajustes sociales, escolares... disfunciones diversas... y algunos niños manifiestan abiertamente su deseo de morir.

El mayor azoro ante la muerte es que ya no se mueve, ya no habla, ya no es quien vivía, ahora es una cosa. Stone y Church (1957 y 68 p 304) señalan que: "El temor del niño a la muerte no tiene sus raíces en el conocimiento abstracto de que todos los seres humanos son mortales, sino del hecho escueto de que la gente muere y que, por lo tanto, esto le puede ocurrir, ahora, a él mismo, no eventualmente" y tienen razón, los niños también pueden morir en el aquí en el ahora, al igual que sus padres y agregan los autores mencionados: "El sentido de vulnerabilidad que acompaña al creciente conocimiento de uno mismo, de saberse único (en el proceso de individuación) se expresa en miedos... que surgen al ir comprendiendo los peligros potenciales del medio ambiente. Estos miedos no son únicamente a factores reales, sino también a factores imaginarios como el miedo a brujas y fantasmas". Los autores no señalaron que los miedos a brujas y fantasmas hablan de miedos reales, a progenitores



malvados que inspiran miedo o a su ausencia y la falta de protección y seguridad que debiesen inspirar.

Si los adultos de su entorno aman la vida, educarán a sus hijos a conocer los peligros de su medio, a cuidarse de ellos y cuando es posible los enseñan a superarlos. Pero si los padres, aunque sean buenos proveedores, viven con miedo, transmitirán o incrementarán los de sus hijos acobardándolos y aumentando su dependencia y su inmadurez.

El miedo a la vida y el miedo a la muerte toman caminos muy variados; entre ellos está el miedo inconsciente intenso a la individualización y a la independencia al grado de pensar con frecuencia en morir. Ocurre aquí que un miedo intenso oculta al otro. Algunos hombres y mujeres por miedo a independizarse sólo abandonan el seno de su familia contrayendo matrimonio; al enfrentar nuevas responsabilidades descubren que el matrimonio fue un camino falso: ni se han independizado ni han roto los lazos de dependencia con su familia ascendente; sus experiencias de vida se han visto limitadas por los miedos que han estrechado su visión; entonces verbalizan su deseo de morir: la desilusión y la desesperanza se han enseñoreado de su ánimo. Por fortuna son muy pocos los que llegan al suicidio.

En otros casos el temor a la vida y a la muerte induce a creer que la vida debe ser “un valle de lágrimas”, sin alegría, sombría, atenta sólo a las enfermedades, a los accidentes, al infortunio y a las muertes, todo ello matizado por fantasías macabras y por negros augurios que destruyen toda esperanza de solaz. Tal proceder sólo puede inspirar cobardía, cuando no un miedo paralizante.

Los temores a que nos venimos refiriendo también se pueden manifestar como una alegría despreocupada, enmascarada tras del chiste y del gracejo o bien, refugiándose en experiencias orgiásticas o en una de tantas toxicomanías. Se puede entender que el incremento notable de adicciones diversas, del libertinaje sexual y del vandalismo, son expresiones de impotencia, de vulnerabilidad, de miedo y desesperanza y representan mecanismos de huida de la realidad y de la vida. Es verdad que la realidad resulta muy amenazadora; aunque ello no justifica los mecanismos de huida sí nos permite entenderlos.

Raft y Andresen (1986) encontraron que la mayoría de los individuos que han confrontado la muerte por paro cardíaco, accidentes o por enfermedad presentan inquietudes, malestar, se retraen de su ambiente, temen la vida y temen por su vida; se toman vigilantes ansiosos de los menores cambios de su organismo, asustados de que sea el aviso de una nueva amenaza.

En este mismo grupo existen otra serie de pacientes que presentan una conducta al parecer opuesta: se presentan alegres, desparpajados y proclaman a todo el mundo



su contacto con la muerte, como una conversión religiosa y un renacer. Todo esto sirve de máscara para ocultar su miedo a la vida y a la muerte. Dentro de este estudio sólo 19 pacientes presentaron cambios benéficos en su personalidad: se interesaron por incrementar su autocomprensión, viven una ampliación de su capacidad consciente y adquirieron una serenidad de la cual carecían. Las personas de su entorno perciben estos cambios favorables.

La mayoría de los sobrevivientes relatan la experiencia en los momentos cercanos a la muerte: que su alma abandona su cuerpo, ven a éste desde arriba, luego entran en un túnel y perciben al final, una luz brillante.

Debemos señalar lo que fortifica las tendencias del miedo a la vida y miedo a la muerte.

Sabemos hoy en día que el ser humano es una entidad Bio-Psico-Social y que, aunque en grados variables, cada una influye en el devenir del individuo, sea de su estado de salud o de enfermedad, sea la orientación que sigue en su vida, la cual se ve influenciada sobre todo, por las normas sociales prevalecientes. No debemos olvidar el hecho de que los individuos son responsables ante sí mismos y con esfuerzo pueden trascender y superar estas normas y llegan a influir sobre su sociedad.

Nunca antes se había visto el desarrollo tan gigantesco de los medios de difusión masivos: prensa, radio, cine y televisión, los cuales representan un medio que propaga la violencia, la destrucción, la muerte estimulando a niños, jóvenes y adultos a emular estos valores de antihéroe. Esto resulta inevitable en un mundo enfermo donde la tendencia es cosificar y cuantificar para que todo sea conmensurable, en cifras de fácil manejo y control. Resulta consecuente que son el medio ideal para la propaganda comercial cuyo único juicio de éxito son las ventas. Hasta el primer tercio de este siglo, lo que interesaba era la calidad, el buen acabado y la durabilidad de un producto y la pequeña industria florecía. El impacto de la II Guerra Mundial dejó una huella indeleble: el producir materiales que pronto se destruyen provocó un alto índice de empleo. Hoy en día seguimos viviendo en una "economía de guerra" en que se produce lo que pronto será obsoleto, sea por la calidad inferior del material empleado, sea por el cambio periódico de las modas. Al aceptar esto, ni percibimos la manipulación de que somos objeto, ni el proceso gradual de nuestra deshumanización... de *homo sapiens* a *homo consumens*; de seres humanos importantes y significativos, a cifras de estadística... y prosigue el proceso de deshumanización en una robotización creciente no sólo de las máquinas que desplazan el trabajo creador, sino también de mujeres y hombres. Es franca la idolatría por las máquinas.

En aras de una industrialización sin freno y sin sentido, porque lo mismo produce lo que es útil y necesario, que produce lo obsoleto y lo innecesario; se privilegia lo



artificial y lo sintético y se educa el ser humano para atentarse contra la naturaleza destruyendo nuestro habitat al talar bosques, transformar zonas agrícolas ricas en su capacidad para producir frutas y hortalizas, en planchas de asfalto y de concreto, al contaminar ríos, lagos, mares con basura y desechos industriales y se destruyen elementos indispensables de la atmósfera y además de incrementar la amenaza, cargando a ésta con materiales nocivos para la vida.

A partir de la I Guerra Mundial, que se llamó la “Gran Guerra” porque se pensó que pondría fin a todas las guerras, hemos vivido innumerables guerras convencionales, otra II Guerra Mundial y sigue la violencia destructiva extendiéndose y prolongándose en guerras, guerrillas, revoluciones, actos de terrorismo, asesinatos, robos con violencia, que cubren la tierra de sangre y muerte.

El momento histórico que vivimos nos señala que la humanidad toma la orientación de la muerte, sin tomar conciencia de que la sociedad está enferma y resulta imperativo retomar los valores humanos a favor de una sociedad sana que aprenda a vivir para morir con dignidad.

Tlalpan, D. F. Abril 6 de 1989

BIBLIOGRAFÍA

- Badinter, E. (1980): *Mother love: myth and reality*. Macmillan Publishing Co., Inc. N. Y. 1981.
- Bowlby, J. (1958): *The nature of the child's tie to his mother*. Int. Journal of Psychoan. Vol. XXXIX. pp 350-373.
- Buber, M. (1950): *The way of man*, The Citadel Press. 1966. Secaucus, N.J.
- Campbell, J. (1962): *The masks of God: Oriental Mythology*. Vol. II. Secker and Warburg, London.
- Freud, S. (1920): *Analysis of a phobia in a five-year-old boy*. Standard edition of the collected papers of S.F. Vol. X. pp. 3-149. The Hogarth Press, London 1955.
- Freud, S. (1941): *Beyond the pleasure principle*. S. E. of the C.P. of S.F. Vol. XVIII. The Hogarth Press. London 1955.
- Fromm, E. (1941): *Escape from freedom* Rinehart and co., Inc. N.Y.
- Fromm, E. (1955): *The same society* Rinehart and Co., Inc. N.Y.
- Fromm, E. (1956): *The art of loving*. Harper and Brothers. Publishers N.Y.
- Fromm, E. (1964): *The heart of man*. Harper and Row Publishers. N.Y.



- Fromm, E. (1967): *Conciencia y sociedad industrial en La sociedad industrial contemporánea*. Siglo XXI. Editores S.A. pp 1-15
- Fromm, E. (1968): *The revolution of hope*. Baantam Edition N.Y.
- Fromm, E. (1979): *The Oedipus Complex: comments on the case of Little Hans en The crisis of Psychoanalysis*. Holt, Rinehart and Winston, N.Y. pp 69-78.
- Fromm, E. (1976): *To have or to be*. Harper and Row Publishers. N.Y.
- Fromm, E. (1983): *For love of life*. The Free Press. N.Y.
- Fromm, E. (1988): *The no-effort and no-pain doctrines en Rainer funk: The literary estate of Erich Fromm*. Newsletter N° 6 of the International Erich Fromm Society. Dec. 1988 pp 8 y 10 Tübingen. R.F.A.
- Fromm, E. (1965): *Socialist Humanism: an International Symposium*. Fromm, E. Editor. Doubleday and Co. Inc. N.Y.
- Jung, C.G. (1934): *The soul and death en Feifel, H. (Ed). The meaning of death*. McGraw Hill Book N.Y. 1959.
- Kubler-Ross, E. (1969): *On death and dying*. Macmillan Co., N.Y.
- Lichtenberg, J. (1983): *Psychoanalysis and infant research* The Analytic Press. distributed by Lawrence Erlbaum Associates. Publishers. New Jersey, London.
- Raft, D. and Andress, J.J. (1986): *Transformations in self-understanding after near-death experiences*. Contemporary Psychoanalysis. Vol. 22 N° 3. July 1986. pp 319-346.
- Shneidman (1973): *Deaths of man*. Penguin Books. Inc. Baltimore. 1974.
- Stone, J.L. and Church, J. (1975): *Childhood and adolescence*. Random House. Second Edition 1968 N.Y.